



LA CIUDAD LABERINTO

Rafael
Alvarado

Del 15 enero al 26 febrero de 2021



OHLA El Ángel

copicentro

LA CIUDAD LABERINTO

«No habrá nunca una puerta. Estás adentro
y el alcázar abarca el universo
y no tiene ni anverso ni reverso
ni externo muro ni secreto centro».

J. L. Borges

Deriva esta exposición de otro proyecto que por diversas razones no se ha podido llevar a cabo. A veces parece que todo está predeterminado y así lo veo ahora que estamos a punto de colgar en las paredes de La Antecámara del Ateneo estas obras de Rafael Alvarado. La primera idea giraba en torno a un concepto expositivo que se podría catalogar como una exposición antológica, pero desde la particular visión de un coleccionista. Es decir, una obra elegida bajo un criterio ajeno al propio artista. Me parecía que esa otra visión, mostraba sobre todo una mirada endogámica del propio artista hacia el arte (Referencias a otros, recursos clásicos, lo expresivo y el dibujo como armadura) y se hacía muy presente la ausencia, o mejor dicho se hacía patente una escasa presencia en la colección, de una reflexión social que en la obra de Alvarado entendía yo consustancial. Descubrí entonces un Alvarado poliédrico que, aunque fiel a sus principios, a veces se distanciaba de sí mismo para reencontrarse una y otra vez con la historia del arte o con lo que es lo mismo, consigo mismo y el objeto artístico.

Miles de obras apiladas cuidadosamente en un almacén, contenían lo que seguramente era gran parte de lo que en el arte contemporáneo se había hecho en nuestro país, allí a lo largo de pasillos que no eran otra cosa que los resquicios que las propias obras de la colección dejaban para que se pudiera pasar, se encontraban perfectamente enmarcadas, decenas de obras del pintor. Entonces pensé: Aquí podría vivir el Minotauro. Hacía muy poco que yo había realizado *La*

Casa de Asterión, escultura cuyo título hace referencia al minotauro de Borges. Y, por tanto, no pude evitar, viendo todo aquello, recordar todo ese mundo borgiano que habla sobre la soledad, la imposibilidad de comunicarse, la propia identidad y la realidad múltiple y caleidoscópica que descubrí entonces en aquellos cuadros de Rafael Alvarado.

Por razones que no vienen al caso el proyecto de exposición deriva, como dije al principio, en otro proyecto que de ninguna manera hubiera sido así si no hubiéramos transitado por aquel “laberinto”.

Esta exposición reúne una serie de cuadros que, vistos hoy, en este invierno de 2021, no nos pueden dejar impasibles. ¿Qué son esas ratas que transitan por la ciudad? ¿En qué ciudad habitan los inmóviles hombres-esculturas o los visitantes que pasean con ruedas en los pies por sitios con una clara identidad monumental, pero sin sus propios habitantes? La ciudad de los museos vacía y laberíntica está pintada aquí, antes de que se vaciara de sus últimos ocupantes, como una premonición tan real que ahora parece mentira.

Cayetano Romero

Comisario de la exposición

LA CIUDAD DEL LIMBO

Constantino Cavafis escribió un poema que ya es Historia, *La ciudad*, como historia viva era su metrópoli de referencia: Alejandría, un mundo dentro del mundo, un laberinto especular en el que las especies renunciaban a vivir porque ya habían vivido. En este caso, la ciudad de Alvarado, Málaga, no dista mucho de la capital del último Imperio oriental, cuna de la civilización y flor exótica de rareza inefable donde el fuego y un áspid acabarían con la doble tiara del Alto y Bajo Nilo: “No hallarás nuevas tierras, no hallarás otros mares. La ciudad te seguirá. Vagarás por las mismas calles. Y en las mismas calles te harás viejo... como arruinaste aquí tu vida, en este pequeño rincón, así en toda la tierra la echaste a perder”.

La ciudad de Alvarado va con él como con nosotros, esta ciudad, mar de incertidumbres, representa nuestro pasado y nuestro presente, y a pesar de las contingencias, simboliza también nuestro futuro, un futuro que estaba escrito antes de que viésemos la luz. La ciudad nos sigue, somos parte de ella, somos sus rincones, sus plazoletas, sus estigmas, somos las llagas abiertas que le hemos causado, respiramos a la sombra del mar y de la parra, en una noche honda, a través del parque antiguo, ¿cómo gritarle a la ciudad nuestro espanto, incluso en el fugaz nocturno de la autopista iluminada?, ¿cómo sellar los fúlgidos azules que nos miran, el litoral cansado, los viejos torreones, templos de una vida futura que ha nacido muerta, congelada en el tiempo, sin principio ni fin?

La ciudad de Alvarado es una trampa de luz suspendida en el aire que se va diluyendo entre laberínticas callejuelas, donde breves ángeles eléctricos son bocetos de un dios desconocido girando sobre sí mismos, fantasmales derviches, ruinas de nuestro limbo compartido, cuyos ojos niegan la imagen de sí misma detenida y postrada, espuma negra, entre señales de tráfico que nos reglan la vida, hormigón armado, flechas a ninguna parte, largas colas de un viaje que no es

más que un eterno retorno al origen, una ganancia perdida, un sueño, premonición de estar siempre vagando por sitios que son el mismo sitio, convertidos en nómadas de estación a estación, haciendo cola en una enorme pista de aterrizaje para ir a ninguna parte, a ese ansiado no lugar que se repite, una y otra vez, a lo largo y ancho de este mundo.

La ciudad de Alvarado está reconstruida, dibujada y pintada, una y mil veces, dejando una huella indeleble, facsímil imborrable que suscita pasiones huecas y modas olvidadas. Esta vieja Málaga que estuvo, hasta hace un instante, invadida por coches y autocares, por gente en busca del espejismo del sol, personas empeñadas en visitar nuestras ruinas para transformar a nuestra ciudad en una ruina, empeñadas en molestar a nuestros fantasmas, de los que hemos hecho negocio, esta ciudad es distinta y similar a otras ciudades.

En realidad, la ciudad de Alvarado somos nosotros al final del laberinto.

Alfredo Taján

Málaga, 12 de enero de 2021















